

El Coloquio de los textos en *El gliptodonte* de Jorge Carrol

Nellie Bauzá Echevarría
Catedrática -Departamento de Español
UPR-Utuado

Los libros malos se convierten por obra y gracia del espíritu santo de los eunucos lectores, en éxitos editoriales, y los buenos, ya lo ve usted, aquí estamos por los siglos de los siglos, en estas estanterías a donde nadie llega ni siquiera para sacarnos el polvo. Peor sería si fuéramos pintura y nadie nos mirara.

El gliptodonte, p.186-187, Jorge Carrol

Cipión.— Pero, sea lo que fuere, nosotros hablamos, sea portento o no, que lo que el cielo tiene ordenado que suceda, no hay diligencia ni sabiduría humana que lo pueda prevenir; y así, no hay para qué ponernos a disputar nosotros cómo o por qué hablamos... y no sabemos cuánto durará esta nuestra ventura, sepamos aprovecharnos de ella, y hablemos toda esta noche, sin dar lugar al sueño que nos impida este gusto, de mí por largos tiempos deseado.

Coloquio de los perros, p.266 Miguel de Cervantes Saavedra

Causó risa al licenciado la simplicidad del ama y mandó al barbero que le fuese dando de aquellos libros uno a uno, para ver de qué trataban, pues podía hallar algunos que no mereciesen castigo de fuego.

Don Quijote de la Mancha, p. 61, Miguel de Cervantes Saavedra

Resumen

El ensayo examina las teorías sobre transtextualidad propuestas por el narratólogo francés Genette Gérard en su libro *Palimpsestos*. Se analiza *El gliptodonte* del escritor argentino Jorge Carrol tomando como parámetro el *Coloquio de los perros* de Miguel Cervantes de Saavedra que se publicara en el libro *Novelas ejemplares* (1613) y el capítulo VI de la primera parte de *El Quijote de la Mancha* que trata sobre el famoso escrutinio que hicieron el cura y el barbero de la biblioteca de Don Quijote.

Palabras clave: transtextualidad, coloquio, *El gliptodonte*, Jorge Carrol, *Coloquio de los perros*

Abstract

The essay uses the transtextuality theories proposed by the French literary theorist Genette Gerard in his book *Palimpsestos* to analyze *El gliptodonte*, written by Argentinian Jorge Carrol. The analysis is carried out within the parameters of Miguel de Cervantes's "*Coloquio de los perros*" (*Novelas ejemplares*) and chapter six of his *Don Quixote*.

Key words: transtextuality, coloquio, *El gliptodonte*, Jorge Carrol, *Coloquio de los perros*

Desde que conocí al bonaerense Jorge Carrol en agosto de 2006, en Ciudad de Guatemala, hemos mantenido comunicación, vía correo electrónico, a través de todos estos años. En febrero de 2007, recibí una copia de su libro *El gliptodonte* (Librerías Artemis Edinter, S.A., 2007) con una dedicatoria muy a su estilo: “Para Nellie, este acaso divertimento de un lector insociable. Desde Guatemala hoy, 14 de febrero de 2007.” El texto, como muchos otros, fue a ocupar un lugar importante en mi biblioteca para darle lectura en algún momento. Aunque resulte increíble, fue en julio de 2011 que por fin lo leí y confieso que me encantó. Así se lo manifesté a Jorge en un correo electrónico que le mandé el 5 de julio en el que le pedía disculpas por la tardanza: “Después de cuatro años de que me enviaras *El gliptodonte* por fin me leo tu divertimento. Te felicito porque el texto está genial.” Pensarás: “Tardó cuatro años para decírmelo pero yo no escojo cuándo debo leer un libro, son los libros los que me dicen cuándo debo leerlos. Y fue la semana pasada que tu gliptodonte me habló y me dijo léeme.” Al pasar los días, Jorge Carrol me contesta: “Acusar recibo de un libro leído 4 años después. ¡Mil gracias por tus palabras Nellie...!

La novela de Carrol tardó cuatro años para manifestarse y exigirme que lo leyera; cuando así lo hice, rápido pasó por mi mente el *Coloquio de los perros* de Miguel de Cervantes Saavedra. Y es que como plantea el narratólogo Genette Gérard en *Palimpsestos* la hipertextualidad es la que hace que un lector lea una obra (hipertexto) y ésta le remita a una anterior (hipotexto). En sus *Novelas ejemplares* (1613) Cervantes incluye una excelente historia que llegó a convertirse en una de sus obras en prosa más famosa. En el Coloquio que pasó entre Cipión y Berganza, perros del Hospital de la

Resurrección, que está en la ciudad de Valladolid, fuera de la puerta del Campo, a quien comúnmente llaman los perros de Mahudes, el escritor dota de humanidad a dos perros -Berganza y Cipión - que por medio de sus conversaciones examinan y critican filosóficamente la sociedad de su época. Poco a poco Berganza, con resignado pesimismo cuenta picarescamente todas las dificultades que ha afrontado con cada uno de los amos que ha tenido.

En ocasiones afloran prejuicios estereotipados cuando se habla de los gitanos y de los moriscos. A los primeros Berganza los describe como mentirosos y ladrones; por otro lado, para él los moriscos son mezquinos y embaucadores a los que sólo les interesa el dinero: “...Todo su intento es acuñar y guardar dinero acuñado, y para conseguirle trabajan y no comen;... de modo que ganando siempre y gastando nunca, llegan y amontonan la mayor cantidad de dinero que hay en España” (*Novelas ejemplares* 305). Berganza sigue ampliando el retrato hasta concluir que los moriscos se enriquecen aprovechándose y engañando a los demás: “Róbannos a pie quedo y con los frutos de nuestras propias heredades, que nos revenden, se hacen ricos, dejándonos a nosotros pobres... No gastan con sus hijos en los estudios, porque su ciencia no es otra que la del robarnos, y ésta fácilmente la aprenden” (*Novelas ejemplares* 305-306). Cipión, por su parte, como buen interlocutor se dedica a escuchar las vicisitudes que relata su amigo. Sin embargo, está encargado de que se siga la línea discursiva de la historia y en ocasiones, cuando Berganza pierde el hilo o alarga su cuento, Cipión hace que retome la narración: “Basta. Adelante, Berganza, que ya estás entendido” (*Novelas ejemplares* 275).

El término coloquio se utiliza para referirse a una obra literaria en la que

predomina el diálogo como forma de expresión. La zaragozana María Moliner en su Diccionario de uso del español incluye varias definiciones para el término coloquio: “1m. Acción de hablar una con otra dos o más personas. Conversación. Sesión en que se mantiene un coloquio, dirigido por uno o más conferenciantes, sobre un tema literario, filosófico, etc. 2 Se aplica este nombre como título, alternando con el diálogo, a una composición literaria no teatral, en forma dialogada”(404). En un coloquio, según Demetrio Estébanez Calderón, pueden intervenir “personajes reales o imaginarios, que exponen, desde una perspectiva crítica, diferentes opiniones de orden social” (*Diccionario de términos literarios* 171). De acuerdo con Estébanez Calderón durante el Renacimiento los *Colloquia familiaria* (1518) del humanista neerlandés Erasmo de Rotterdam y los *Colloquies* (1529) del político, teólogo y humanista inglés Tomás Moro fueron dos modelos dignos de imitar. Menciona también en su diccionario el *Coloquio de los perros* de Cervantes como un ejemplo clásico del Siglo de Oro.

Si partimos de las palabras de Demetrio Estébanez Calderón en cuanto a que los personajes pueden ser reales o imaginarios, Cipión y Berganza entran dentro de la segunda categoría. Aparecen al final de la novela *El casamiento engañoso* cuando el alférez Campuzano le cuenta a su amigo el licenciado Peralta que había escuchado la conversación de dos perros aunque esto parezca exceder los límites de la imaginación. Los perros, que eran guardianes del Hospital de la Resurrección que ubica en Valladolid, servían de compañía a los Hermanos de la Capacha, alumbrándole el camino con dos linternas, cuando éstos salían a pedir limosna. Supuestamente, los canes hablaron dos noches y Campuzano sólo pudo transcribir la conversación de la primera noche. Pero, aunque no conocemos la historia de Cipión,

en estas palabras se nos adelanta cuál será la estructura del *Coloquio de los perros*. Se menciona que para acelerar el relato se utilizará el formato del coloquio:

...No fue una noche sola la plática, que fueron dos consecutivamente, aunque yo no tengo escrita más de una, que es la vida de Berganza, y la del compañero Cipión pienso escribir, que fue la que se contó la noche segunda, cuando viere, o que ésta se crea, o, a lo menos, no se desprece. El coloquio traigo en el seno. Púselo en forma de coloquio, por ahorrar de dijo Cipión, respondió Berganza, que suele alargar la escritura. (*El casamiento engañoso* 262).

Al revisar la estructura de la novela de Jorge Carrol encontramos que retoma la fórmula tradicional del coloquio. En la trama conversan los textos que se encuentran en los anaqueles de la librería El gliptodonte. Además, platican los asiduos clientes de la librería y se escucha uno que otro comentario del personal que allí trabaja. Mientras tanto, en la Cafetería se reúnen para conversar un joven escritor, su novia y los amigos; pero prevalece en toda la historia la tertulia de los libros que están en los anaqueles y los que se encuentran en las mesas.

En las dos páginas que sirven de introducción- Restos fósiles de una librería llamada El gliptodonte- el escritor puntualiza que fue el naturalista Florentino Ameghino (1854-1911) el que instaló en Buenos Aires: “una pequeña librería que llamó El gliptodonte” (9) luego de ser “exonerado de su puesto de Director de la escuela de Mercedes” (9). El científico Ameghino fue un autodidacta argentino cuyas teorías tuvieron repercusión a nivel

nacional e internacional. Publicó investigaciones exhaustivas y en su libro *La antigüedad del hombre en el Plata* llegó a afirmar la teoría de que tanto el hombre como los mamíferos eran originarios de América, pero específicamente de las pampas argentinas. Sobre este particular Jorge Carrol le informa al lector sobre el hallazgo que hiciera el paleontólogo Ameghino del primer gliptodonte en la Argentina:

El primer gliptodonte de que se tenga noticia, fue descubierto por Ameghino cuando éste contaba apenas veintitantos años, y de allí, seguramente, su amor por este mamífero gigante, parecido a los armadillos, que rondaba las pampas argentinas hace veinte millones de años. Los gliptodontes comían hierbas, podían alcanzar los cuatro o cinco metros de altura y pesar unos 400 kilos. (9-10)

En esas primeras páginas, el autor aprovecha el descubrimiento de Ameghino para proponer la retórica de su relato ya que a su juicio los libros pueden llegar a convertirse en fósiles similares a los gliptodontes: “Al paso que vamos, muy pronto, tal vez los libros serán considerados como fósiles de un tiempo en que los hombres llegaban para adquirirlos, a un lugar –también desaparecido– llamado librería. No es de extrañar entonces que lo que usted tenga en sus manos sea un resto fósil, obviamente mucho más pequeño que un gliptodonte” (10). Según la secuencia discursiva los libros pueden convertirse en pequeños gliptodontes porque como ellos mismos manifiestan en su conversación: “Nadie lee como antes.” Apesadumbrados por esta alarmante situación rememoran los viejos tiempos: “¿Se acuerda usted de

aquellos tiempos en que todos iban a la cama con un libro?” (12).

Con ironía y sarcasmo comentan todo lo que sucede en la librería e incluso emiten opiniones sobre los empleados: “Cayáte loca y dejáme apoliyar un poco más, antes que esa fastidiosa empleada comience con la tortura de pasarnos el plumero” (11); “Por favor caballeros, que nos están mirando y lo que es peor, ya se acerca esa perversa mucama con su plumero y sus arneses de limpieza” (13). Valiéndose de la metatextualidad pasan juicio sobre los autores, los libros clásicos y los contemporáneos. En su continua conversación desfilan por las páginas de *El gliptodonte* los personajes de muchas obras literarias. Así encontramos a la Alicia de Lewis Carroll, al inspector Pepe Carvalho, protagonista de las novelas policíacas del barcelonés Manuel Vázquez Montalbán y al Capitán Alatríste personaje de Arturo Pérez Reverte. Asimismo hay referencias de carácter intertextual con escritores latinoamericanos como Mempo Giardinelli, autor de *Santo Oficio de la memoria*; Osvaldo Soriano, Julio Cortázar, Vicente Huidobro, Pablo Neruda, Rubén Darío, Manuel Puig, Luis Sepúlveda, Laura Esquivel, Isabel Allende, Horacio Quiroga, entre otros. En cuanto a Quiroga, en la segunda parte de *El gliptodonte* titulada (*Del mediodía a la noche*) Carroll incluye en su libro el *Decálogo del perfecto cuentista*. Los libros, de igual forma, repasan las obras de grandes maestros de la literatura como William Shakespeare, Donatien Alphonse François de Sade, Miguel de Cervantes Saavedra, James Joyce y Franz Kafka. A propósito, uno de los libros que más le gusta por su comienzo es *La metamorfosis*.

Con autoconciencia de su narración arremeten contra aquéllos que hacen de los libros un negocio lucrativo. Con gran

pesadumbre señalan que los mercaderes de la literatura son capaces de publicar compendios para que los lectores modernos, a los que no les gusta leer, puedan tener nociones de los clásicos: “Recuerdo y de esto no hace mucho, algunos mercaderes de la Editorial Península, encontraron una fórmula para animar al lector contemporáneo a leer *El Quijote*; la fórmula fue realizar una edición comprimida” (22). Esa autoconciencia narrativa se reafirma cuando los personajes de los estantes mencionan que hay un escritor que quiere escribir un texto donde los libros hablan, obviamente, en clara referencia al texto que ha escrito Jorge Carroll: “Pobrecito ¿y qué pretende escribir? Una novela donde los libros que están en las librerías, como nosotros, mantienen conversaciones entre ellos, más o menos como lo que ahorita estamos precisamente haciendo” (60).

En la historia de Carroll se arremete contra todo y todos sin ninguna distinción. Se censura a los críticos de la literatura por ser éstos un mal necesario: “En definitiva, en *El gliptodonte* todo será lo que no es, como los críticos literarios que por eso son un mal inevitable” (78). Además, se sugiere que los premios de literatura son cuestionables: “...tales grandes premios, así se llamen Planeta o Alfaguara, están comprobadamente apañados, como lo están también, el Príncipe de Asturias, el Cervantes y el Nobel” (21).

Con el humor negro que caracteriza al autor critica a las editoriales porque se convirtieron en negocios lucrativos. Estas empresas, para aumentar sus ventas, son capaces de llegar al extremo de publicar cualquier cosa siempre que el que escribe sea un autor reconocido: “Es obvio entonces compañeras y compañeros, que ante tales cifras, las editoriales deseen recuperar prontamente su inversión publicando

cualquier cosa que escriban los Vargas Llosa o las Isabel Allende” (24). Tampoco se le escapan a Carroll las ferias de libros y a través de uno de sus personajes burlescamente comenta:

- ¿Qué hiciste anoche? Te llamé para invitarte a ir a la Feria del Libro.
 —Qué suerte que no me encontraste en casa. ¡Qué plomo son las conferencias y las mesas redondas que en ella se ofrecen!
 — ¿Cómo podés saber si no fuiste a ninguna?
 —Mi rey, no hay necesidad de ir, basta con saber quienes organizan la Feria y quienes van asiduamente a ella. (18)

Este divertimento, porque divierte al mismo tiempo que nos hace reflexionar, estructuralmente se divide en tres partes que van acorde, como la composición musical, con los horarios en que funciona la librería diariamente: De la mañana al mediodía, Del mediodía a la noche, De la noche a la mañana (cuando ha cerrado). Como ya mencionamos, la librería *El gliptodonte* es el marco escénico donde converge una multiplicidad de voces de diversos tipos socioculturales. Estas voces se valen de la anacronía para defender la hipótesis de que los libros clásicos son los mejores. El tiempo de la historia es de un solo día en la vida de todos los personajes que se encuentran en la librería. En *El gliptodonte* como habíamos dicho, abundan dos de las categorías de relaciones transtextuales propuestas por Genette Gérard. Nos referimos a las relaciones intertextuales y la metatextualidad. Esta última mediante las críticas que hacen los ejemplares en su coloquio intelectual. De las conversaciones que sostienen los textos y los asiduos clientes de la librería traslucen cuáles son las

lecturas que le gustan o no a Jorge Carrol. De manera sutil, el autor dialoga sobre la continua exposición que tienen libros que a él no le gustan.

Toda esa diatriba intelectual que permea en las páginas de *El gliptodonte* nos hace recordar el famoso escrutinio que se le hizo a la biblioteca de Don Quijote. Hace alrededor de 406 años, Miguel de Cervantes Saavedra como todo un adelantado a su época, en el capítulo VI titulado – Del donoso y grande escrutinio que el cura y el barbero hicieron en la librería de nuestro ingenioso hidalgo- que aparece en la primera parte de *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, mediante la metatextualidad hace una relación crítica enjuiciando los libros que deben salvarse y los que deben borrarse de la faz de la tierra por medio del fuego purificador. Se les condena por haber contribuido a la locura del caballero andante. Resulta interesante que el cura y el barbero establecen tres categorías a saber: los que se salvarán, los que se quemarán en la hoguera y los que van al pozo a purgar por su pecado. Es clara la alusión intertextual a la *Divina Comedia* de Dante Alighieri dividida en Infierno, Purgatorio y Paraíso; al purgatorio irán los libros de los que no está clara la decisión que se tomará con ellos. Si por la sobrina del hidalgo fuera todos los libros irían a parar a la hoguera: “...no hay para qué perdonar a ninguno, porque todos han sido los dañadores: mejor será arrojillos por las ventanas al patio y hacer un rimero de ellos y pegarles fuego; y, si no, llevarlos al corral, y allí se hará la hoguera, y no ofenderá el humo” (*Don Quijote de la Mancha* 61). El ama se hace eco de las palabras de la sobrina por entender que todos esos libros contribuyeron a la locura de Alonso Quijano. Sin embargo, el cura, alter ego de Cervantes, entiende que por lo menos deben leer los títulos y es entonces cuando comienza el verdadero

escrutinio que hiciera Cervantes por medio de dos personajes de ficción.

El primer libro que cae en las manos de maese Nicolás es nada más y nada menos que *Los cuatro libros del virtuoso caballero Amadís de Gaula* de Garci Rodríguez de Montalvo y aunque “fue el primero de caballerías que se imprimió en España” (61) lo condena al fuego por ser el modelo a imitar. No obstante, se salva porque el barbero ha oído decir “que es el mejor de todos los libros que de ese género se han compuesto” (61). Mientras tanto, *Las sergas de Esplandián* (1510) del mismo autor no corre la misma suerte. Lo mismo sucede con el *Amadís de Grecia* (1530) de Feliciano de Silva, con *Don Olivante de Laura* (1564) de Antonio de Torquemada, con Bernardo del Carpio y con Roncesvalles.

Acto seguido, el barbero le pide al ama que arroje al corral todos los libros de caballería de tamaño grande y ésta, en extremo contenta, lanza por la ventana ocho textos entre los cuales se encuentra la *Historia del famoso caballero Tirante el Blanco*, de Joanot Martorell que fuera publicada por primera vez en 1490. Cervantes, usando la voz del cura, hace una defensa de la verosimilitud que prevalece en esa historia contrario a otros textos de caballerías donde predomina la ficción. Aunque se salva del fuego, el cura menciona “que merecía el que lo compuso, pues no hizo tantas necesidades de industria, que le echaran a las galeras por todos los días de su vida” (66).

Después de la discusión entablada entre el cura y el barbero sobre *Tirante el Blanco*, el barbero cuestiona qué harán con unos pequeños libros que no son de caballería. El cura señala que esos libros son de poesía y admite que no son dañinos como los de caballerías y por eso, pueden salvarse.

Mas la sobrina de Don Quijote le pide que los mande a quemar porque a su tío se le puede ocurrir hacerse pastor. El cura se convence con la observación que ha hecho la sobrina y decide que *La Diana* (1559) de Jorge de Montemayor debe ser editada. La genialidad cervantina se manifiesta cuando el cura tras revisar el *Cancionero* (1586) de López Maldonado pregunta: “Pero ¿qué libro es ese que está junto a él? (68) y el barbero le contesta “—*La Galatea* de Miguel de Cervantes” (68). Los elogios que ambos personajes hacen sobre esta novela pastoril son muy acertados. Es más, el cura añade que hay que esperar la segunda parte que su gran amigo prometió.

En ese capítulo VI, Miguel de Cervantes demostró el amplio conocimiento que tenía de la literatura de la época. De igual forma, Jorge Carrol en *El gliptodonte* pone de manifiesto que es un lector insaciable como fueron el escritor británico Samuel Johnson, autor de un *Diccionario de la lengua inglesa* (1755); el italiano Giuseppe Tomasi di Lampedusa, autor de *El gatopardo* (1958) y el crítico y teórico estadounidense Harold Bloom a quienes dedica su libro. Como si fuera poco, el verbo fuerte que utiliza en el texto lo llevó a hacer un acertado ejercicio crítico de literatura basado en las lecturas de su predilección y las que según los personajes del libro – autores implícitos del texto- deberían quemarse:

Hagamos una fogata con las claves de Melquíades y roguemos para que vuelva a llover café en el campo y en las ciudades... Que venga urgentemente el inspector Carvalho y nos ayude a seleccionar obras para quemar; él es el mejor experto que podemos encontrar... ¡Al fuego con los etiquetados como premios Nobel! Comencemos con Pepe Echegaray. No olvidemos a Benavente ni a Churchill. Usemos el tiempo vengador. Al fuego con los vengadores y con los evisionistas también. (195, 196, 198)

El gliptodonte me hizo reflexionar sobre la mal llamada modernidad y cómo hemos sido invadidos por la alta tecnología que poco a poco ha ido marginando y relegando los libros impresos a un segundo lugar. Es un excelente ejercicio intelectual en el que Jorge Carrol, desde su óptica particular, hace un escrutinio al estilo cervantino y nos alerta sobre el futuro de los textos y de la buena literatura.

BIBLIOGRAFÍA

- Carrol, Jorge. *El gliptodonte*. Guatemala: Librerías Artemis Edinter, S.A., 2007.
- Cervantes Saavedra, Miguel de. *Novelas Ejemplares*. Colombia: Panamericana Editorial Ltda., 1993.
- . *Don Quijote de la Mancha*. Edición del IV Centenario. España: Real Academia Española, 2004.
- Estébanez Calderón, Demetrio. *Diccionario de términos literarios*. Madrid: Alianza Editorial, S.A., 1996.
- Moliner, María. *Diccionario de uso del español*. Madrid: Editorial Gredos, 2008.